

Apuntes de la Escuela de comunidad con Julián Carrón
Milán, 11 mayo 2011

Texto de referencia: «Si uno está en Cristo, es una criatura nueva», supl. de Huellas-Litterae Communionis, n. 6 (2011).

Ballata dell'uomo vecchio
Silenzio cantatore

Gloria

Retomamos nuestro recorrido. Empiezo leyendo dos cartas que me habéis mandado. «Mirar el yo-en-acción significa ahora para mí reconocer una profunda desmemoria. La última vez dijiste: “Vosotros contáis hechos y después añadís lo que queréis”; has fotografiado de forma extraordinaria muchos de los últimos años de mi vida...». Esto es decisivo para darnos cuenta de por qué nosotros, a pesar de todo lo que decimos, no hacemos experiencia. Y no es que si ahora contamos hechos sin haber juzgado somos menos ideológicos que antes –es decir, cuando hacíamos un juicio sin hechos–: es otra forma de ideología, otra forma de dejar aparte la experiencia, lo cual es inútil para la vida. Se pueden tener dos posturas: o hechos sin juicio, o juicio sin hechos. Podéis elegir... ¿Qué tienen en común las dos posiciones? La falta de experiencia. Por eso digo que una cosa es seguir a don Giussani y otra es la intención seguirle; esto es un ejemplo, hablamos de “experiencia”, pero sin dar a esta palabra su sentido y significado verdadero. Más adelante veremos los resultados. «... Sin embargo, sí puedo decir que si no me hubiese tomado en serio el trabajo de la Escuela de comunidad y de seguirte como puedo, ahora, a las siete y media de la mañana en mi oficina, creo que no habría ni siquiera tenido este resquicio de conciencia. Vivo de los paréntesis, y ahora para mí es clarísimo, diría incluso carnal, lo que entiendes por fractura entre saber y creer. Recientemente me he encontrado delante de la pregunta: pero, ¿qué tiene que ver Cristo con las ventas, con los semiconductores [es decir, con el trabajo]? Y no sé responder. Pero si antes esta miseria me bloqueaba, ahora me provoca, hace que arda, estoy hecho de deseo, y cuando te escucho es como si hablase con un amigo que me estimula, que me reclama y que me quiere». Darnos cuenta de esto nos hace entender por qué don Giussani, como recordamos al principio de los Ejercicios, dice que la única modalidad para hacer el camino no es “hechos sin juicio” o “juicio sin hechos”, sino una experiencia verdadera. La consecuencia de no hacer un camino se ve en seguida, y canta como el “silenzio cantatore”. Escuchad ahora este otro testimonio: «Te escribo para contarte qué es lo que he descubierto en mí en este último período. En Pascua vino a casa un matrimonio al que no conocíamos directamente, sino que había sido invitado por unos amigos que tenemos en común. Pero nosotros sabíamos su historia. En diciembre ellos perdieron una hija de doce años que tenía un tumor. Durante la comida, estos nuevos amigos nos contaron cómo viven esta situación de dolor, algunas veces desesperado. Entonces, alguien preguntó con una interesante provocación: “¿Se puede ser feliz incluso después de un drama como éste, de un dolor como éste? Algunos de nosotros intentamos responder a partir de experiencias que hemos tenido o visto, pero sirvió de poco. En un momento dado, un amigo nos incitó: “¡Venga, ánimo, respondamos!”. Se creó entre los que estábamos un silencio demasiado largo para mí, casi embarazoso. No recuerdo cómo después se rompió este silencio, recuerdo que me levanté con la excusa de ir a controlar a alguno de mis hijos que estaba jugando en el jardín y salí del comedor. En un primer momento, hablando con alguno que estaba en el

jardín conmigo, buscaba todas las excusas posibles que justificaran mi comportamiento: “No se puede apretar de esa manera, ha sucedido todo hace tan poco tiempo, el dolor está todavía tan vivo que cualquier cosa que se les pueda decir no servirá de mucho”. Y decía también: “El tiempo ayudará, estoy segura”. Pero dentro de mí [no es que nosotros bromeemos] no estaba tranquila. Sentía una tristeza cada vez más punzante. Al día siguiente tuve la posibilidad de confrontarme con los amigos que habían estado en la comida conmigo, y descubrí que aquel silencio no sólo había sido significativo para mí. Alguno dijo: “La incapacidad de no saber responder a la pregunta sobre la felicidad hace pensar”. Pero mi tristeza no era por la incapacidad de dar una respuesta, sino por una falta de certeza [el resultado de no hacer el camino que nos indica don Giussani es que no se llega nunca a la certeza]. Si me hubieran dicho: “Tu hijo es tonto”, no habría tardado nada en responder, no habría tenido ni un segundo de incertidumbre, habría gritado y demostrado que no era verdad. El día de Pascua [¡el día de Pascua, no el viernes, el día de Pascua!] no es que no supiera responder a la pregunta (conozco muchas frases bonitas y también experiencias que pueden ser una ayuda aunque no las haya vivido en primera persona), mi silencio nacía del hecho de que yo no estoy tan segura del hecho de que Jesús lo pueda todo, pueda hacer feliz a alguien incluso después de un dolor tan fuerte [y uno se da cuenta de esto no por un razonamiento, sino a través de la comparación entre cómo habría reaccionado delante de la afirmación de que el hijo es tonto y cómo ha reaccionado delante de la pregunta sobre la felicidad de esa mujer: se ve en la acción, en cómo nos ponemos delante de la realidad], de otra forma no habría abandonado [una observación muy aguda], no me habría sentido avergonzada. Sin embargo, esta tristeza me está haciendo compañía porque antes me contentaba y decía: “Paciencia, ya aprenderé”. Ahora me siento como cuando me peleo con mi marido –al que quiero mucho y sufro cuando le digo cosas que no habría querido decirle porque estoy enfadada, y siento un deseo enorme de pedirle perdón y hacer las paces con él–. Me viene a la cabeza Pedro cuando traiciona a Jesús, y Tomás, que no creía que realmente hubiera resucitado. En cambio, ellos se convirtieron en personas nuevas como has dicho en los Ejercicios, no abandonaron porque Cristo “abrazaba su vida”. Me pregunto qué me está pasando. ¿Por qué me doy cuenta de esta tristeza, que no se llena con una satisfacción barata? ¿Por qué no me comporto siempre con Él como me comporto con mi marido, como una mujer enamorada?». Esto nos muestra la pertinencia de lo que nos ha dicho don Giussani en el mítico episodio del hijo de Manzù, que si no se hace este recorrido no se puede entender, porque no se llega nunca a esta certeza. Y esto “cantará” en la próxima ocasión. Por eso parece que Giussani nos complica la vida haciéndonos hacer este camino. En realidad, es el único que ha desafiado nuestra mentalidad, nuestra necesidad, el único que nos ofrece un recorrido para poder salir de esta enfermedad que tenemos a causa de la situación cultural en la que vivimos, de la incapacidad de adquirir certeza sobre las cosas. Por eso insiste siempre en que se trata de un problema de conocimiento. Nosotros seguimos desviando el problema hacia la moral, hacia la coherencia, pero esto no es nada comparado con la falta de certeza que nos paraliza y nos arruina.

Desde la presentación de ‘El sentido religioso’ hasta los Ejercicios tengo que decir que ha nacido un gran movimiento que no me deja nunca tranquilo, es más, me atrevería a decir que ha introducido en mí una cierta inquietud. Por fin descubro, después de tantos años de vida en el movimiento, algunas cosas que creía saber y que sin embargo me costaba aplicar.

¿Veis? Para nosotros el cristianismo es esto: algo que creemos saber y después aplicamos. Pero en ningún caso partimos de la experiencia. Adelante.

Cuento dos o tres episodios que me han pasado durante este tiempo para explicar qué está sucediendo. Ante todo, el silencio. Yo he respetado siempre el silencio en los Ejercicios en sus diferentes momentos, pero nunca había experimentado como en este año que el silencio no es un momento vacío en el que tengo que hacer el esfuerzo de llenarlo con pensamientos y reflexiones, nobles, justas, importantes, sino que por fin me he dado cuenta de que el silencio es el momento en el que puedo mirar lo que está sucediendo. La segunda cuestión es que en estos Ejercicios por fin me he dejado provocar por lo que decías tú, y no he estado pensando que estaba de acuerdo con lo que decías, pero en el fondo me tocaba sólo hasta cierto punto. Así llegué el sábado al hotel, comí con mis amigos y, con esta provocación, con esta inquietud que tenía dentro, pregunté: «¿Cómo ha ido hoy?». Silencio algo embarazoso. Intervino un amigo mío y dijo: «Bien». Yo insistí sobre la cuestión y dije: «Pero, ¿qué quiere decir bien?», porque evidentemente ya no me podía bastar hablar de una cierta forma de lo que estaba pasando en mi vida. De nuevo silencio. Después, este amigo preguntó algunas cosas sobre las cartas que habías leído por la mañana, y yo dije: «Pero la carta que ha leído Carrón de la mujer dirigida a su amigo me parece tan importante que yo me he preguntado y os pregunto a vosotros: “Pero entre nosotros, ¿somos amigos así?”. Silencio...

¡Silenzio cantatore!

Silencio, roto sólo por un hecho banal que pasó: me manché la camisa, y durante algunos minutos se habló de esa cuestión; silencio de nuevo y después, por fin, se volvió a hablar del tema. Empezaron a salir las hipótesis, las interpretaciones, las posiciones. Había quien decía: «Pero tus percepciones podrían ser erróneas...», o también...

¡Atención!

O también: «Entre nosotros somos amigos, nos ayudamos, rezamos por nosotros, por nuestras necesidades, por nuestras familias, vamos a Roma».

¿Qué más se puede pedir?

O también la última pregunta, más impresionante todavía desde este punto de vista: «Pero, ¿es que hay algo más?». Esta pregunta me dejó triste, por una parte, y todavía menos tranquilo sobre lo que estaba en juego. Después de los Ejercicios volví a la oficina y estuve hablando con algunos compañeros durante el descanso del problema de la inmigración, del cual se habla constantemente porque es dramático, importante. Pero, en el fondo en el fondo, hasta ahora pensaba: me afecta, pero sólo hasta un cierto punto, porque está lejos. Pero allí me di cuenta de que ya no podía soportar discutir yo mismo en los mismos términos sobre esta cuestión, y me descubrí teniendo el mismo deseo que tienen los inmigrantes –y ellos tienen infinitas necesidades que yo no conozco porque estoy bien, tengo una casa, comida, un trabajo donde estoy bien,... en fin, sustancialmente tengo todo–. De estos tres aspectos de los que he hablado emerge un deseo enorme de que mi vida salga de la nada hacia la que inevitablemente me arrastro o soy arrastrado por la realidad, por las cuestiones que suceden, por las tensiones que hay. Si no sucede algo potente que me saca de la nada...

«Pero, ¿es que hay algo más?». Basta que uno sea consciente de su deseo para que hable de forma diferente sobre la vida, la inmigración o cualquier otra cosa. No es un razonamiento: ¡lo que pasa es que hablamos de las mismas cosas con una intensidad y con una profundidad que antes no podíamos ni soñar! Sobre este mismo tema leo una carta (porque a veces hay confusión sobre el yo-en-acción): «He empezado a trabajar sobre los Ejercicios y me he dado cuenta de que desde hace algunos meses estoy concentrado en estas preguntas: yo, en el fondo, ¿qué siento que me constituye? ¿De qué espero realmente la satisfacción? ¿Qué me hace respirar? Pero con cincuenta y tres años, ¿realmente espero llegar a ser feliz, a estar satisfecho? ¿O me estoy contentando?

Hasta hace poco tiempo pensaba que mirar el yo-en-acción significaba descubrir qué soy capaz de introducir en la realidad, teniendo ya cierta experiencia de la vida, del trabajo, de la familia, de CL». A menudo reducimos el yo-en-acción a esto, a un juicio moralista sobre lo que no conseguimos hacer. Pero esto no es uno de los factores constitutivos del “yo”, ésta es otra cuestión: ¿de qué soy capaz? Es significativo cómo acaba la carta: «En cambio ahora pienso: mirar el yo-en-acción significa admitir cuál es el bien de mi vida en el cual encuentro satisfacción». ¡Pero se ha saltado el punto! ¡Porque antes de saber cuál puede ser el bien la cuestión es saber qué soy yo! Es decir: las cosas más elementales las damos por descontadas, nos las saltamos continuamente. La persona que me ha escrito no es que no esté intentando hacer un camino, pero es como si no fuese capaz de apartarse de lo que tiene en la cabeza para seguir la propuesta que nos hace Giussani. Hace falta hacer esta comparación con lo que dice Giussani, porque si uno vuelve a leer el capítulo cuarto de *El sentido religioso*, ve que en los ejemplos que pone nunca está en juego nuestra capacidad. Pero es como si ya nos lo supiésemos: hemos escuchado la frase, la interpretamos según nuestros pensamientos, y así nunca salen a la luz los factores constitutivos del “yo”. Y de esta forma, como dice Giussani, no vemos la pertinencia de lo que propone la fe a las exigencias que he descubierto que tiene mi “yo”. Y podemos celebrar la Pascua, como leía antes en la carta, y no sorprender la pertinencia de esta fiesta a las exigencias que tengo. Y luego nos preguntamos si es posible ser felices después de que una niña de doce años se haya muerto... ¡¿Pero esto tiene algo que ver con la Resurrección o no?! Pero el hecho de no ligar estas cosas en nosotros indica hasta qué punto nos es extraña la experiencia de lo que propone la fe. Saber y creer no se encuentran.

La semana de Pascua para nosotros los curas es, naturalmente, muy complicada, muy intensa, añadiendo a esto que justo después estaban los Ejercicios. Además yo no pude ir a Roma porque había que preparar unas cosas en mi parroquia. Pasado el domingo de la beatificación, el lunes cayó la tensión de pronto. Y esto me sorprendió: había sido Pascua, habían sido los Ejercicios, había sido la beatificación de Juan Pablo II; en cambio yo estaba triste y melancólico. Y me sorprendió que pensé: estoy melancólico, justo como Carrón nos ha dicho en los Ejercicios, y por primera vez de forma clara no he tenido miedo, es decir, no me he preguntado: ¿qué tengo que hacer? ¿Cómo salgo de aquí? ¿Cómo combato la melancolía para recuperarme? No, me dije: la melancolía significa que Te conozco, significa que Te necesito. Y por primera vez, en vez de luchar contra esta melancolía, empecé a mirar toda la semana, lo que pasaba, partiendo de esta melancolía, es decir, esperándole a Él. Lo que más me ha impresionado es que ya no tengo miedo.

Lo que más le ha impresionado es que ya no tiene miedo.

Al final de un largo recorrido laboral que me interesaba mucho, el 22 de marzo hubo un examen doble en mi trabajo que fue más allá de todas mis expectativas. Tenía muy presente la experiencia que contaste de tu amiga de Barcelona, que había tenido éxito en la exposición de sus cuadros, y mientras se acercaba el 22 de marzo estaba obligado en el trabajo a hacer todo bien, a hacer incluso el famoso seven-eleven (es decir, desde las siete de la mañana hasta las once de la noche). Y en ese momento dije: es realmente una maldición, es decir, la vida es una maldición, porque si las cosas van mal es porque tenían que ir mal, y por lo tanto van siempre mal, y si van bien es igual.

¿Cuál es el criterio de juicio que has usado para decir que la vida es una maldición?

Porque no había nada que hubiera podido satisfacerme, daba igual que las cosas fueran bien o fueran mal, nada me habría llenado, nada. Pero no podía mandarles a todos a paseo...

¿Por qué no podía llenarte? ¿Cómo lo sabes? Porque estabas intentando llenar tu deseo con lo que estabas haciendo.

Sí.

¡Sí! Éste es el peaje que tenemos que pagar en la vida cada vez que no entendemos de qué estamos hechos. ¡Tú dices que la vida es una maldición justamente porque no eres capaz de hacer nada, ni siquiera con el *seven-eleven*, para responder a toda tu insatisfacción! Podemos estar aquí durante años y no haber entendido esto; y esto no está ligado al hecho de que estamos todos enfermos o que somos pecadores, sino al hecho de que no entendemos. No entendemos de qué se trata, porque si hubiéramos entendido de qué se trata, no diríamos estas cosas. En cambio, seguimos diciéndolo como todos, como todos, y podemos repetir toda la lógica de *El sentido religioso*, pero no hemos entendido nada, y esto se ve cada vez que hablamos. Cuando digo que falta el sentido del Misterio estoy diciendo esto, porque si hubieras entendido cuál es la naturaleza de tu “yo”, nunca habrías pensado que lo que hacías en el *seven-eleven* habría podido responder a tu deseo de satisfacción, y así no habrías perdido el tiempo. Tú no intentas escalar esta pared a pelo, no lo haces, son cosas irracionales, no las hacemos. Si seguimos haciéndolas no es porque seamos tontos, sino porque no sabemos de lo que estamos hablando. Y si no se introduce un conocimiento nuevo, único, real, seguiremos diciendo, a pesar de años de movimiento y de vida cristiana, que la vida es una maldición, y nadie será capaz de convencernos de lo contrario, porque el problema está antes. ¿Me explico?

Segunda entrega. Vine el 23 de marzo a la Escuela de comunidad, y, por así decir, el corazón estaba de alguna forma parado, convencido, y tú decías continuamente: «Vale, hay una Presencia que nos acompaña, pero ¿qué es lo que nos impide pararnos?». El 6 de abril fuiste todavía más al fondo: «¿Y tú? ¿Y tú?», y yo, Carrón, empecé a llorar como un loco. ¿Por qué? Porque mientras volvía a casa me sorprendí diciendo: mi corazón antes no latía, pero ahora sí. Y decía, incluso mejor que Luzi – pero porque te seguía a ti...–: pero, ¿de qué es presencia esta presencia? Y no se terminó ahí, porque como tú seguías diciendo: «No vayáis rápido, no vayáis rápido», yo no quería decir “Jesús”, pero me ha...

No es Jesús lo que falta.

¡No quería decirlo!

Menos mal.

¿Por qué no quería decirlo? Porque tenía que ser Él quien se presentase, y Él se ha presentado. Lo he entendido después.

Estaba delante de ti. No lo veías. Si Jesús no estuviese y no sucediese en nosotros, no podríamos decir estas cosas. Lo que dice el manifiesto es verdad: Cristo es algo que está sucediendo ahora, ¿entiendes? No la imagen que tú tienes en la cabeza de cómo tiene que aparecer, porque si tu corazón no latía y después sí, ¿quién hace que lata? ¿Yo? ¿Pero estamos locos? Como dice el Evangelio: ¡Somos necios, porque no entendemos lo que sucede delante de nuestros ojos! ¡Palabras e imágenes, nunca una experiencia! Menos cuando decimos algo que sí es una experiencia: «Mi corazón antes no latía y ahora sí», es lo único que decimos de la experiencia. Pero, una vez que lo hemos dicho, empezamos a añadir lo que tenemos en la cabeza, al margen de la unidad de la experiencia que hace que nuestro corazón lata. Por eso para muchos el cristianismo es algo que ya sabemos y que después tenemos que aplicar. ¡No, tú no has aplicado nada para hacer que tu corazón lata, te has sorprendido porque estaba latiendo! ¿Y entonces?

Entonces, en los ejercicios reí y lloré. Me reí cuando dijiste que para nosotros la liturgia todavía no es abrir los ojos y reconocerle. Los dos domingos antes de Pascua las lecturas presentaban los episodios del ciego de nacimiento y de la samaritana. El ciego de nacimiento dice: «Pero dime quién es el Mesías», y Él: «Soy yo que te estoy hablando». Lo mismo con la samaritana: «Dime dónde puedo encontrar esta agua», «Soy yo que te estoy hablando». Y yo nunca me había conmovido en misa. Después llega la tentación del moralismo, pero esta vez la rechacé. Quería darte las gracias, porque yo ya no sé nada de mí, pero ahora me tengo a mí mismo.

Partamos del “mí” que tienes. Giussani nos dice: partamos del “yo”, partamos del yo-en-acción; déjalo que salga sorprendiéndote por lo que eres.

Duele.

¡No duele! Escucha lo que dice esta carta: «Estas dos últimas semanas han sido angustiosas e intensas. La desilusión me ha sobrepasado por completo. Puede que te esté diciendo algo terrible, pero tú me has enseñado a ser leal, así que lo seré. El día de mi primer encuentro contigo, de aquella mirada y de mi despertar, se está alejando, y cada vez me doy más cuenta de que no puedo vivir de un recuerdo. Había puesto mis esperanzas en ti, pero tú no me das respuestas, y a menudo tenemos dificultades para vernos o para hablar debido a problemas de cada uno. Un día me di cuenta de que cuanto más pensaba en ti, más me enfadaba, porque ni siquiera tú me bastabas. Pensé que sería otra tomadura de pelo, y que después del entusiasmo de un momento habría vuelto todo a la normalidad. De nuevo, confusa, insegura, incierta, sin un apoyo. ¡Si me hubieras visto! Me sentía como si estuviera buscando algo en una habitación oscura, como si fuese a tientas, como cuando no hay luz, no ves y no sabes qué es lo que estás tocando, donde cada mueble, cada objeto es un peligro. Había algunos y extraños momentos de alegría: algunas risas con los amigos, el aperitivo, un cumplido que te hace una persona querida, y así. Vamos, que mi vida estas dos semanas ha sido como una luz intermitente: alegría que va, tristeza que viene; satisfecha un momento, y dos minutos después amargada; un segundo atenta, y después perdida en mil pensamientos; convencida, y después desilusionada. Un sucederse de estados de ánimo opuestos y contradictorios, hasta que en un momento dado me he hartado de lo que sentía. Sacudida a derecha e izquierda por estos sentimientos, ida, vagando sin meta, impotente, esclava de mis pensamientos, prisionera de mí misma, porque yo tengo una idea sobre mí, una imagen de mis deseos y de las respuestas que me quiero dar, que están completamente equivocadas. Mis innumerables intentos de concebirme y satisfacerme me engañan, me estrangulan, me reprimen, me sofocan, me hago violencia a mí misma. Yo sola no me basto, no soy suficiente para mi deseo, y tampoco puedo explicarlo. Como decía Emily Dickinson: “Para llenar un vacío, debes hacerlo con aquello que lo ha causado. Si lo llenas con otra cosa, abrirá sus fauces aún más; no se cierra un abismo con aire”. De hecho, cuanto más intentaba explicarme, más confusa estaba. Hace tres días, por la mañana, me levanté y me sorprendí con esta pregunta: en todo este caos, ¿hay alguna cosa, aunque sólo sea una, que permanezca, sea la que sea? ¿Hay algo en mí que pueda decir con certeza que permanece como un signo indeleble? Mi cerebro empezó a elaborar un millón de cosas, la mayor parte de ellas sin sentido y las demás completamente insuficientes. Entonces me acordé de la promesa que te hice: no diré nunca nada sin antes haberme visto en acción. Me estuve observando todo el día, intentando entender qué es lo que me movía, por qué lo hacía todo: la comida con una amiga, el estudio de una cierta manera... En cada acción había un denominador común: una búsqueda constante de algo que colmase mi nostalgia. Sólo tengo una certeza sobre mí y sobre mi vida: que mi corazón está lleno de nostalgia, está lleno de espera, de tensión, de la promesa de que la vida no está vacía, de que hay algo; si no,

dejaría de buscar. Mi corazón busca, por lo tanto, afirma con certeza constante a Otro. De pronto, sin haberlo calculado, sin ninguna fórmula ni ningún razonamiento, volvió de nuevo ese Tú. Ha irrumpido de tal forma que me ha superado, me ha invadido, me ha implicado, me ha abrazado. Estábamos este Tú y yo, y nada más. Y volví a respirar. Una relación tan íntima y tan tierna que me deja sin palabras. ¡Qué claridad! Un relámpago en la oscuridad. Puedo fallar, caerme, equivocarme, retroceder mil pasos después de haber avanzado sólo uno, puedo estar desilusionada, tratar mal a las personas que quiero, puedo darme cuenta de mi nada, de hasta dónde puedo llegar a caer, puedo por fin mirarme hasta el final, puedo mirar lo mezquina y pequeña que soy, porque al final no es esto lo que rige mi vida, no es esto lo que me determina, no es mi confusión, mi amargura o mi tristeza. Hay sólo una cosa que permanece, desde la que puedo volver a empezar cada vez, y es este Tú que, consciente o inconscientemente, cada vez, cada día, en cada gesto, deseo y afirmo. Éste es un retrato mío, esto es lo que puedo decir de mí con certeza [y si no hacemos este recorrido, nunca lo podremos decir con certeza], simplemente mirándome. No he aprendido, no lo he aprendido, no lo he decidido, no lo he querido, pero lo veo con claridad, se impone [¡éste es el punto de no retorno!]: mi sentido religioso, la certeza de Otro y la relación privilegiada que puedo vivir con Él. No sé bien Quién es, qué rostro tiene, pero está ahí mirándome y llamándome. Por primera vez en mi vida, consigo quererme. Mi dolor, la espera, la inquietud: consigo querer esa parte de mí que siempre me ha hecho insufrible. Ahora entiendo que mi nostalgia y mi vértigo son el cauce de esta relación, y siempre estoy con la respiración contenida hasta que digo “Tú”, y entonces respiro. Quería decírtelo porque ahora mi vida tiene raíces». Unos días después me mandó un mensaje que decía: «Quería darte las gracias por dejarme dar cada paso sola, has permitido que saliera fuera toda mi conciencia sin miedo al dolor que habría tenido que soportar. Gracias por educarme, me introduces en la profundidad de las cosas y en la belleza de la vida. Espero poder tener siempre un amigo como tú al lado que me hace ser yo misma hasta el fondo». ¿Es posible o no? Es posible si se toma mínimamente en serio la hipótesis que se nos ha ofrecido. Ella no sabe más de lo que sabemos nosotros, sino que ha seguido y ha verificado. Y éste es un punto de no retorno. Cada uno puede decidir.

La próxima Escuela de comunidad será el miércoles **25 de mayo** a las 21:30. Retomaremos la primera lección de los Ejercicios de la Fraternidad.

Acaba de publicarse el libro de don Giussani *Ciò che abbiamo di più caro (1988-1989)*, que recoge los *equipos* del CLU de los años 1988 y 1989.

Es providencial que podamos leer durante este tiempo el texto de estos diálogos con don Giussani y sentirnos desafiados por su pregunta: «¿Qué es para vosotros lo más querido del cristianismo?». Pero si no hacemos este trabajo para poder entender esta pregunta siempre nos parecerá que es algo añadido, no podremos decir qué es lo más querido. Y cuando la vida nos apriete nos quedaremos en silencio (¡en silencio!)... pero no nos quedamos en silencio delante del hijo que más queremos. Cuando don Giussani nos dice esto es por una ternura hacia nosotros, porque sin este recorrido, esto no podemos ni soñarlo. Para poder decir con el *starets* Juan que «lo más querido que tenemos, [...] es Cristo mismo y todo lo que proviene de Él», para poder decirlo con la misma certeza, ¡debemos recorrer un camino!

Es impresionante ver cómo Giussani nos acompaña ahora con estos textos y nos hace entender lo que ha intentado hacer durante años, durante años con nosotros. ¡Nunca es demasiado tarde!

El domingo son las elecciones, no en todas las ciudades. Es una ocasión para verificar la certeza que tenemos, y cómo hablamos de las cosas, incluso de las elecciones, según la novedad de lo que nos ha sucedido. Y si no lo hacemos, uno que no haga esto, no llegará a adquirir una certeza. No es un problema de “militancia”, no sería nada, porque lo que me contaban ayer los universitarios, como podéis ver vosotros mismos, es que cuando van a los mercados lo que prevalece es el escepticismo, no sólo sobre la política, sino sobre toda la vida. Y todos sabemos que este escepticismo muchas veces no es un problema de los otros, sino que nos concierne, y de qué forma, lo tenemos en casa. Por eso no podemos perder esta ocasión para verificar lo que nos ha sucedido.

Veni Sancte Spiritus